

Dejad tanto disparate,  
y humilde, rendido, atento  
os pido por cumplimiento  
paréis el coche ó caleza,  
y mirando esta cabeza,  
vaciéis la vuestra de viento.

En el cuarto cuerpo, sobre que se levantaba el último, no en la figura regular, sino en forma de basurero, para representar el que fué sepulcro de Pamela, se pusieron cuatro epitafios en otras tantas endechas, correspondientes á los jeroglíficos de los respectivos costados.

1

Aquí yace Pamela,  
cubierta de basofia:  
si cojeas de algún pie,  
sin duda que te mandan á la porra.

2

Este lugar inmundo  
á Pamela contiene:  
á igual se deben ir  
las que descubren á cualquiera el diente.

3

Al muladar que miras  
vino á dar una perra:  
tú, que lo eres también,  
con el rabo vendrás entre las piernas.

4

Yace en un basurero  
la compuesta Pamela:  
basura es el adorno,  
vanidad que trastorna la cabeza.

Todos nosotros y cuantas personas allí estaban, celebrábamos el dibujo, la idea y las curiosidades de la pira; pero el coronel, luego que leyó los versos, me dijo:

—Las inscripciones hablan del siglo pasado, y así es que éstas no son producciones de ninguno de los cole-

giales que visitan la casa, ni menos de mi cuñada ni sobrina. Infórmate de quién es su autor.

No me costó mucho trabajo desempeñar mi comisión, porque no faltó quién me sacara del cuidado luego luego; y así, ya bien certificado, le dije á mi tutor que quien había ideado la pira y compuesto la inscripción, los sonetos y todo, era el doctor don José María Guridi y Alcocer, autor también de la oración fúnebre que dirá el colegial esta noche, lo que hizo con objeto de pasar el rato en una concurrencia, criticando al mismo tiempo una pira puesta en aquellos días en un templo de México y la oración que allí se pronunció.

—Siempre presumí, dijo el coronel, que el autor de estos versos fuera algún literato conocido, porque hasta en los juguetes y distracciones de los sabios campea la erudición y la gracia. Ya deseo oír la oración fúnebre, que me parece será una pieza agradable.

—No tardará mucho, le contesté.

Y en efecto, después de un rato de buena música, se presentó sobre un aparato que parecía cátedra ó púlpito el colegial destinado para el caso. Era bastante vivo, y así dió todo el lleno á la función.

## ORACIÓN FÚNEBRE

*¡O crudelis Alexin, nihil mea carmina curas!*  
(¡Oh cruel! ¡te alejas sin que valgan nada los míos, el carmelita y los curas!)

VIRGILIO, *Egl.* 2, v. 6.

Sólo con estas tiernas expresiones puede explicarse la pérdida lamentable que lloramos. En el punto que experimentamos tan terrible golpe, nos sobrecogió un súbito dolor; se esparció por nuestros semblantes el aire lúgubre de la angustia; se convirtieron en ríos de lágrimas nuestros ojos; poblamos la atmósfera de suspiros; nos desgñamos, nos dimos de bofetadas, y rasgando nuestras vestiduras cubrimos de ceniza las cabezas.

Pero qué, ¿semejantes demostraciones serán acaso suficientes para explicar nuestra pena? ¿No deberíamos usar de otras mayores para llorar la muerte de la muy noble, muy exquisita y muy fina perrita doña Pamela? No, á la verdad; no era bastante detestar el hado, maldecir la fortuna, improperar las parcas y armarse de invectivas contra la guadaña de la muerte. Estas expresiones son comunes en las pérdidas ordinarias: era necesario, para singularizarnos, avanzar á más, maldiciendo

hasta el naranjo y la carreta en que sale la muerte el Viernes Santo; <sup>1</sup> y aún era poco; deberíamos quejarnos hasta de la difunta misma, como si ella hubiera tenido la culpa de su triste fallecimiento.

¡Oh tú, adolorida señora doña Pomposa, <sup>2</sup> y la más infeliz entre las damas! A tí pertenecía llenar la casa de gritos y alharacas, como que te toca más de cerca la pérdida.

En efecto, el amor ardiente y correspondido de esta niña á Pamela, enlazó á ambas, uniéndolas y amasándolas de tal modo, que de ellas formó de pasta un cordón que ardía á lo lejos, *formosum pastor Coridon ardebat Alexin*. Ella tenía en la perra sus delicias y el dominio, *delitias domini*, de suerte que ya nada le quedaba que desear, ni que esperar, *nequit speraret habebat*.

Pero descuidándose en que anduviese libre por todas partes, tanto entre danzas, *tantum inter densas*, que sufrió una horrible caída, de que no bastaron á curarla

<sup>1</sup> En la procesión del Viernes Santo se acostumbraba sacar en una carreta, bajo de un naranjo, un esqueleto, que representaba á la muerte, que se introdujo al mundo por haber comido nuestros primeros padres de la fruta del árbol vedado, siendo tan completo su imperio, que ni el Hombre-Dios se libtó de su guadaña, habiéndose sujetado á ella para redimir al linaje de Adán.

Ya felizmente se han ido desterrando de entre nosotros poco á poco estas y otras peores exhibiciones, que solían mezclarse antiguamente con los actos más sagrados.—E.

<sup>2</sup> Debe advertirse que el colegial que recitó la oración cambió los nombres, acomodando, en lugar de los que tenía el manuscrito, los de las señoras que se supone lo escuchaban.—E.

el andarla cargando, el discurrir mil remedios, ni el envolverla y ceñirla; nada pudieron los hombres, el cacumen y las fajas, *umbrosa cacumina fagos*. La embracilaban las señoras, y de ellas asida, venía é iba, *asidue veniebat ibi*, hasta que, desesperando de su salud, la dejaron en lo más recóndito del suelo, *hæc incondita solus*. Exhaló, por fin, el último aliento, por más que su ama blasonaba que sanaría, y que en todas partes, en los montes, en las selvas y en el estudio lo jactaba la enana, *montibus et silvis studio jactabat innani*.

Entonces, en aquel triste momento, se alborotó la casa, se turbaron los parientes, se afligió el carmelita, se conmovieron los curas, y la angustiada doña Pomposita, enclavijando las manos, volviendo á un lado y á otro la cabeza, elevando los ojos al cielo y dirigiendo á Pamela sus voces, que arrebató de la boca del príncipe de los poetas, hizo resonar las paredes de la casa con estas lúgubres palabras: ¡Oh cruel, te alejas sin que valgan nada los míos, el carmelita y los curas! *O crudelis Alexin, nihil mea carmina curas!*

Pero contengamos, señoras, contengamos las lágrimas en que nos obliga á desatarnos la memoria de aquel día. Después de la pérdida de Pamela no nos queda otro lenitivo que honrar sus cenizas, sacando aprovechamiento de nuestra propia desgracia. A este fin, yo vengo á haceros ver que su vida fué el mayor ejemplo, y su

muerte el mayor desengaño. Este es el asunto y división de mi discurso.

Para promoverlo con la majestad que exige la materia y corresponde á la sublimidad de la naturaleza canina, son de desear los influjos de los signos celestes, y en especial del Can ó la Canícula, para cuya consecución es conducente la deprecación del sonecito de *La Cucaracha*:

¡Zafa, zafa, demonio: mal haya tu estampa! <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Tanto para hacer inteligible la alusión, como para satisfacer la curiosidad de los lectores, pareció conveniente poner aquí una muestra de los versos que se cantaban en el sonecito de *La Cucaracha*, los que al mismo tiempo servirán para hacer juicio del buen gusto y moralidad de la época de nuestros padres.—E.

*Coro.* Un capitán de marina  
Que vino en una fragata,  
Entre varios sonecitos  
Trajo el de la Cucaracha.

*Duo.* ¡Ay que <sup>te</sup>  
me pica!

¡Ay que <sup>te</sup>  
me agarra  
Con sus colmillos  
La Cucaracha!

*1.ª voz.*  
Zafa, demonio,  
Zafa la garra,  
Que me lastima,  
Y arde hasta el alma.

*2.ª voz.*  
Sufre, nanita,  
Sufre y aguanta,  
Que el placer dura  
Y el dolor pasa.

*1.ª voz.* No me divierten  
Chanzas pesadas:  
Zafa, te digo,  
Zafa la garra.

*Duo.* Vete á la porra,  
Cara de sarna,  
Barriga sucia,  
Piernas chorreadas.

*Estribillo.* ¡Zafa, zafa, demonio, mal haya tu estampa!

## PUNTO PRIMERO

Si hubiera de elogiar á la incomparable Pamela en el estilo de los oradores profanos, yo ponderaría su calidad y finura, que la hacían preferente á los mastines, galgos y podencos; á los lebreles, perdigueros y perros de agua; á los alanos, dogos y *excuintles*; hablaría de su patria la Puebla; me demoraría en su crianza y educación al lado de una aya tan acreditada, cual es la hermana del herrero del pueblo de Acaxete, quien la acostumbó desde su infancia á la abstinencia y á llevar en los lomos el peso de un colchón de arena, y en las orejas el de unos plomos; finalmente, describiría su penoso viaje á esta ciudad, atravesando montañas y sufriendo las fatigas del camino, hasta que en el puerto de Chalco se embarcó en la *Capitana*, al mando de la famosa traginera la *Jarocho*, en la que navegó todo el lago, y avistando sucesivamente al cabo de doce horas las costas de Mexicalcingo, Ixtacalco y Jamaica, dió fondo la embarcación en el muelle del Puente de la Leña, y saltó en tierra Pamela para servirnos de ejemplo, que es á lo que debo contraerme precisamente.

¿Cuántos no hubiera dado si su temprana muerte, acaecida antes de cumplir el primer año de su edad, no hubiera truncado su carrera en la niñez? De este modo

más puede elogiarse por lo que pudo ser, que por lo que fué. ¡Qué halagüeñas esperanzas las que de ella concebimos! Todos nos prometíamos, y no sin fundamento, que en llegando á una edad adulta sabría sentarse, pararse en dos pies, juntar las manos como quien pide, brincar para alcanzar un pedacillo de pan, abrir la boca para asestar el que se le tirase, hacer el muerto y otras gracias que recomiendan á los de su especie, y con las que tal vez se hubiera hecho tan célebre como lo son en la historia Argo, perro de Ulises, y Dúrides de Lisímaco; pero ¡ah! ¡que se frustraron nuestros deseos, quedándonos el dolor del sólido apoyo en que se fundaban! Tales fueron las acciones que visteis y con las que dió un ejemplo singular.

Este era, á la verdad, el fin á que la destinó la naturaleza, al mismo tiempo que su buena suerte al servicio de una dama tan recomendable; y fuese ya por un efecto de su buena índole ó por el influjo de la superior estrella de su dueño, jamás se observaron en Pamela aquellas malas propiedades que tanto se detestan en los de su clase. No aturdió la casa con ladridos á la entrada de cualquier huésped, mortificando á sus amos; nunca mordió á persona alguna; no comía sino lo que le daban, y guardó compostura y limpieza hasta en las operaciones más precisas de la naturaleza. Puede decirse que tenía dientes, y no mordía; lengua, y no ladraba; boca, y no